

La sagrada soledad

Hay momentos en la vida de una profunda y sagrada soledad, la soledad es sana cuando es elegida, y también cuando aprendemos a vivirla. Quizás no llegó por una elección consciente, quizás fue un golpe del camino, una enorme desilusión, algo inesperado que te retrae y te hace entrar en ese sagrado lugar llamado tu altar. Puede llegar por la ruptura de una pareja en la que dejaste tu corazón o que simplemente no funcionó, porque decidiste alejarte de un grupo de amigos con los que ya no te sentís cómodo por más acostumbrado que estabas a su compañía, porque te mudaste a un lugar lejano en busca de sueños y ese primer tiempo es todo un desafío de estar solo contigo. Pueden ser muchas cosas, elegidas o simplemente acontecidas, las que te hacen entrar en un estado de soledad.

En mi caso, la “soledad” que hoy transito y que inspira este texto aconteció después de que se acabó el sueño de una pareja. Siempre amo el amor, y en ocasiones el desamor me deja con un sabor amargo. Mi refugio es mi corazón y el vacío repleto de sabiduría y amor que lo circunda.

Aprendí que cuando la vida me trae las lecciones más duras, las atravieso, en mí, conmigo. He descubierto que sólo en mi profundo silencio encuentro la paz que necesito después de esos momentos de sacudida. Quizás no fue elegida esa lección que me azotó tan fuerte, seguramente no lo fue, nadie quiere lastimarse y darse la cabeza contra la pared sólo por gusto. Pero ¿qué hacer cuando esto acontece? ¿Qué hacer cuando sentís que lo diste todo y sin embargo las cosas no fueron como alguna vez las habías soñado? Amigos, pareja, mudanza y tantas otras circunstancias.

Nos tejemos ilusiones, por más avanzados que estemos en el camino espiritual, dejar de lado las ilusiones suele ser una difícil tarea. Una vez entendí cómo construimos ídolos, colocamos en situaciones o en personas nuestras proyecciones, nuestros deseos, quizás aquello que no vemos en nosotros lo colocamos en el otro, o en las circunstancias, y este otro, o eso otro, se transforma en el mensajero de una de las lecciones más importantes: no vivas de ilusiones.

Las ilusiones son un mecanismo aprendido que nos saca del eje de la realidad, del entendimiento que nos dice que la vida es sólo aquello que vamos construyendo a partir de las lecciones que debemos aprender. Cuando aprendemos y pasamos la lección con éxito, la vida nos devuelve una construcción más acorde a lo que somos, cuando no las aprendemos, pues vivimos de ilusiones, la cosa se pone muy dura por momentos.

He tenido una gran deuda pendiente conmigo y es aprender a amarme antes de amar a los demás. Me he azotado varias veces en el falso entendimiento de haberlo logrado, creía amar incondicionalmente a otros y vi, con demasiados golpes encima, que esto no era cierto, pues no lo había logrado conmigo misma. Y uno no puede dar lo que no tiene, porque todo es desde adentro, podemos amar, creer que amamos al otro tal cual es, y después algo detona, salen nuestras carencias, se derrumban las ilusiones, y ahí vas de cara a ver lo que aún te faltaba mirar.

Nunca vamos a lograr amar de manera incondicional si no somos los destinatarios primeros de ese amor. Si no dejamos que nuestros puntos débiles se muestren, si no nos aceptamos en las luces y en las sombras y menos aún si no vemos nuestras sombras.

He buscado amor afuera, he puesto tanta “ilusión” y me he golpeado tan fuerte que ya no quiero ni puedo golpearme más, aunque si no aprendo la lección, lo más seguro es que me vuelva a pasar. No porque la vida o alguien me castigue, sino porque yo soy quien se niega a aprender.

Cada uno con sus golpes y aprendizajes, comparto los míos porque todos atravesamos experiencias similares y antes de caer en la tentación de pensarnos fallados, es muy gratificante saber que todos estamos aprendiendo y sanando. También, debo reconocerlo, es una forma de desahogarme. Cada uno tiene sus propios puntos de aprendizaje, en algunos casos será aprender a mirarnos, en otros, aprender que “hay otros” y que no se trata solamente del ombligo de uno. Las lecciones y los caminos son tan diferentes en apariencia, pero en el fondo de lo que se trata es de avanzar hacia la verdad.

Me duelen los golpes y me doy cuenta cuando yo mismo los he generado... ¡Siempre! Y la única salida que encuentro después de las más fuertes caídas es refugiarme en mí hasta perdonarme, hasta llorar todo lo que deba llorar, respirar, quedarme en calma. Reflexionar.... Callando la mente, aprendí a que mi corazón me hable, creí que nunca lo iba a lograr y acá estamos, mi corazón y yo siendo los mejores amigos, y la mente, aunque un poco resentida, entiende que si habla la callo. A veces este proceso me lleva mucho tiempo para los ojos ajenos. Empiezan las llamadas, las invitaciones, las personas que nos aman quieren ayudar, no entienden bien que es lo que nos pasa, hasta que nos van conociendo en el proceso y ese amor se convierte en respeto y en silencio, en el estar de otras maneras, quizás me piensan con amor, me envían su luz y lo siento, pues en algunos momentos mi corazón se torna tan cálido y sé que es ese amor el que está llegando.

La sagrada soledad la llamo, tengo 48 años, y mi sagrada soledad me sana, ya hace tiempo he salido del ruido. En ella hoy aflora que aún me duele mucho no haber logrado uno de los propósitos que tengo en esta vida, experimentar el auténtico amor de pareja, cuando desde la ilusión había creído que lo había alcanzado. Soy una gran dadora de amor porque me suele salir por los poros, pero recién estoy logrando que antes de salir, debe anidar en mí. Añoro aún el amor de pareja, no me avergüenza decírmelo, ese que no está en los libros de cuentos ni mucho menos en las historias de Hollywood, ese que no sabe nada de los patrones aprendidos. Tenemos tantos patrones aprendidos acerca de cómo es una pareja, desde patrones terroríficos, hasta patrones de sueños de un eterno e ilusorio color rosado. Lo hemos vestido de supuestas actividades correctas, de días y horarios, de “esto sí”, “esto no”, de lo que es apropiado. Nada de eso quiero, pido siempre, en todos los ámbitos, que sólo la Verdad sea, lo pido, lo trabajo, y sin embargo aún me engaño.

Pero en la sagrada soledad veo mis propios engaños, ya no me reto ni castigo, ni me trato con el látigo. Sólo veo mis engaños, veo cómo, quizás avancé un poquito, si, sin dudas voy avanzando,

pero el deseo de lo que aún no experimenté me sigue cegando y desde ese lugar me sigo lastimando.

La sagrada soledad me hace sentir que atrás de eso hay mucho más, y así van supurando viejas y antiqüísimas heridas, las que de a poquito, a mi ritmo, voy sanando.

Estoy atravesando un tiempo consciente de sagrada soledad, es reconfortante como cada vez son más ricos y extraños a la vez. Porque mientras más me adentro, y más dejo que el dolor supure, hay otros muchos costados de mí que se desarrollan, salen proyectos del corazón a los que voy dando vida y que nunca imaginé que estuvieran esperándome. Que buen mix, sanando y creando, increíble fuera de este espacio. Sano, duele, supura, sano; sonrío, brillo, escucho el impulso, creo, genero. Mix de luces y sombras, mix que concluye en mi mayor bien.

Y ahí está, hay tanto adentro nuestro, dones, talentos, creatividad, que nunca por mirar hacia afuera dejamos salir, y en esos momentos de soledad sagrada, en los que quizás nos sumergimos por algún golpe de la vida, ellos encuentran la manera de salir a flote desde los recovecos que nunca miramos.

Bueno, en eso estoy, reajustando, sanando, redireccionando, desde las directrices de mi corazón, ayudada por la enorme FE que me habita, a la que agradezco cada día ser parte de mí.

Amo mi grandioso mundo espiritual y a quienes lo habitan, se intensifica en los momentos de soledad sagrada, pero luego me acompaña a lo largo del día. Desde ese espacio propio lo alimento y lo vivo, me recargo, aprendo, escucho, conecto, me fortalezco. Amo mi mundo espiritual, me da las fuerzas para salir al mundo físico y entender que en realidad los dos me constituyen y que en verdad mi mundo externo es consecuencia del interno y que a éste sólo lo guía mi espíritu – si lo dejo.

Elijo la soledad sagrada en muchos momentos, los que vienen después de los golpes suelen ser tan profundos y prolongados como siento que los necesite, pero ya hace mucho no paso ni un sólo día sin introducirme en mi propio espacio y mundo, me asfixio sin eso. Vivir sin conexión con mi espiritualidad a esta altura me sería imposible, por lo tanto, desde esta soledad sagrada genero lo que vivo, tomo conciencia y respiro.

Amo tanto esos momentos, e incluso esos períodos, que por instantes pueden ser muy dolorosos porque allí es adonde VEO, pero no los cambio por nada, porque al final siempre, siempre, siempre, llega la calma. En esos momentos, horas, días, de soledad sagrada es imposible no sentir el amor que nos habita, el amor que nos contiene, muchas veces terminamos riendo, y brillamos, siempre. Es una conexión que quien no la ha experimentado no la entiende. Porque no es de este mundo. Allí se sienten esas otras presencias, allí se valora lo que quien vive corriendo pasa por alto, allí se siente la grandeza.

Si, la soledad sagrada me sana. Quizás este período prolongado es necesario, me estaba engañando, me estaba olvidando de ser mi eje, salía la sanadora hacia afuera y aún mi niña interna me necesitaba.

Te invito, si es que aún no lo has hecho, a experimentar tu soledad sagrada, se amolda a tu vida y te va guiando. No es necesario que te “obligues” a dejar nada, ella sola te va guiando, una vez que la encontrás, su disfrute es tan intenso, que solita y sin esfuerzos, ella, te va guiando y las capas cegadoras de la cebolla se van retirando.-

L.U.X.33 Luz en el camino.-